

Las catedrales de América

A la memoria de José Ramón Carneado

ME GUSTA PENSAR EN LOS DEPORTES COMO METÁFORAS: imágenes que hemos creado para representar nuestra lucha contra los límites que impone la naturaleza.

Correr, saltar, lanzar y levantar, son las alegorías más simples que utilizamos para referirnos a un viejo afán de libertad, a un sueño que nos ha marcado desde el comienzo de nuestra existencia: burlar, o al menos extender, el espacio al que nos condenan la fuerza de gravedad, la presión parcial de oxígeno, el tiempo de reacción ante un estímulo, o la capacidad para ver en tres dimensiones. Estos son, quizás, los raseros iniciales que todavía igualan la existencia de cualquier persona con la de sus ancestros. «Más rápido, más alto, más fuerte», es el homenaje olímpico a la eterna lucha de los simples mortales contra las leyes del universo. Falta «más inteligente», una meta legítima si aceptáramos que las acciones de los atletas son tropos —humildes y antiguos— de esa contienda interminable.

Un primer salto de calidad —en el poder metafórico de los deportes— pudo haber ocurrido como consecuencia de un hecho evidente: una de las limitaciones más importantes que la naturaleza nos ha impuesto es el hombre en sí mismo. Para referirnos a esto, creamos un grupo de imágenes mucho más poderosas y complejas: los llamados deportes de combate. Las peleas, con reglas o sin ellas, enriquecen el espacio de posibilidades de la actividad física, convierten el acto de competir en algo que va más allá de la línea trazada entre el inicio, el esfuerzo, y la meta. El guerrero, al igual que el atleta, depende de su fuerza, velocidad y alcance; pero necesita algo más, su triunfo estará sujeto a la capacidad que tenga para vencer la voluntad del otro, a la intuición que le acompañe para orientarse en el caos siempre cambiante del combate, a la inteligencia —propia o ajena— que le haya asistido en su preparación para enfrentar a un rival determinado. En

César Reynel Aguilera

una carrera, los contrarios siempre van delante, al lado o detrás, mientras que en el combate vienen de frente, son obstáculos animados y sagaces. Esto afecta, entre otras cosas, nuestra capacidad para predecir resultados. Cuando diez de cada once personas dan como favorito a un corredor, y éste pierde, pensamos en un accidente, en una venganza de los dioses, o en una manzana de oro rodando en el camino; en cambio, cuando eso sucede en un deporte de combate, nos encogemos de hombros y aceptamos el hecho como algo posible. La incertidumbre crece.

El tercer jalón —en el posible poder codificante de la actividad física— ocurrió cuando fuimos capaces de crear un grupo de deportes que dibujan, con su complejidad y riqueza, una imagen muy parecida al reto que implica vivir en sociedad. Los juegos en grupos, creados o redescubiertos en fecha relativamente cercana, son una prueba inobjetable de ese increíble don que tenemos para trasladar esencias; una facultad tan grande, me atrevo a decir, que en su interior danzan la infinitud del universo y la estupidez humana.

El enfrentamiento entre dos equipos es una parábola casi perfecta de la vida en sociedad. Cuando asistimos a un partido estamos aceptando, de antemano, una carga ética, intelectual y psicológica muy superior a la de cualquier otra competencia. Así, con el juicio envuelto en aplausos, saludamos el surgimiento de un nuevo contrario. El jugador (en el sentido de *player* en la palabra inglesa) es, al mismo tiempo, un atleta, un peleador, y mucho más que eso; su preparación física, y su habilidad para el contacto con otros cuerpos, dejan de ser fines en sí mismos y se convierten en herramientas, en medios que sólo le permitirán alcanzar la victoria si logra combinarlos, en cada momento, con una buena orientación dentro de un espacio infinito de posibilidades, con un balance adecuado entre sus dotes personales y los requerimientos del equipo, con una sabiduría que le permita entender, o intuir, que nunca se enfrenta a la simple suma de sus contrarios, sino a la propiedad emergente que resulta de la interacción de estos.

Los deportes colectivos son fuente y reflejo de nuestra inteligencia; son el producto de una larga evolución que ha dejado al atleta y al peleador como puntos vencidos en el camino hacia la civilización. La lucha contra las leyes naturales y contra nuestros semejantes, es desvestida de los burdos ropajes de la simplicidad y la violencia para convertirse, a fuerza de intelecto, en una meditación más profunda sobre nuestras capacidades frente a la naturaleza, al individuo y al grupo. Esta profundidad conlleva, claro está, un precio a pagar, para disfrutarla tenemos que aceptar un espacio de entendimiento, complejidad e incertidumbre, que se convierte, de inmediato, en un verdadero reto intelectual.

Me atrevo a decir que es en el béisbol donde este reto alcanza una de sus cotas de máxima dificultad.

Se imponen ciertas aclaraciones: soy cubano, y la Pelota, cualquiera lo sabe, es pasión en nuestro país; lo fue de mi padre adoptivo y todavía lo es para la mayoría de mis amigos. Sin embargo, crecí practicando la natación, el atletismo y algo de boxeo; nunca pude progresar como pelotero, soy eso que en el terruño llaman un «*out* por regla». Si alguna admiración siento por este

deporte es la que se desprende de la inteligencia que crece a su alrededor. Recuerdo haberme quejado, en algún momento de mi vida, de la lentitud de este juego y de su calma aparente. En la medida que el tiempo fue pasando, descubrí, casi a regañadientes, que en un partido de béisbol cada lanzamiento incuba un sismo y una erupción. Ningún otro deporte combina el tiempo para pensar y el acto físico extremo de una forma tan orgánica. Sólo se aburre el que desconoce, pero el que tiene la suerte de saber, o de escuchar a los que saben, descubre que esa monotonía es, en realidad, una curva creciente de apuestas intelectuales, un tablero vivo que recoge las proposiciones de dos inteligencias colectivas y las dirige, a fin de cuentas, según las capacidades que tengan los integrantes de cada equipo —en sus respectivas posiciones— para ejecutar una colección de actos físicos que han sido ajustados —a través del tiempo, por ensayo y error— a unos límites muy cercanos a los de la fisiología humana. Lanzar una bola a ciento cincuenta kilómetros por hora es una proeza deportiva; colocarla en el rectángulo imaginario de la zona de *strike* es un acto de magia; hacerlo sin que el bateador lo espere es un reto intelectual. Al mismo tiempo, batear ese disparo hacia una zona desprovista de defensa es, a juzgar por las estadísticas, una de las acciones deportivas más difíciles de ejecutar; los bateadores estrella logran hacerlo con un índice de éxito que en cualquier otro deporte sería descorazonador. A esto podemos sumarle las asombrosas habilidades de los jugadores a la defensa, la longitud del terreno, el subjetivismo de los árbitros, la extensión de las reglas, la presión psicológica y los gritos de decenas de miles de espectadores. El resultado es una amalgama que se acerca a eso que llamamos béisbol, un juego cuya mejor certeza es decir: ¡Quién sabe!

«La pelota es redonda y viene en caja cuadrada», es la frase que usamos en Cuba para referirnos al carácter contradictorio de este deporte. «Esto no se acaba hasta que se acaba», es la inmortal perogrullada que Yogi Berra acuñó para recordarnos cuán indecible es el resultado de un partido de béisbol. Creo que es en esa huida de lo simple y lo seguro donde radica la belleza de este juego y, sobre todo, donde podemos encontrar las claves de su surgimiento. Alguien dijo que Estados Unidos de Norteamérica pasará a la historia por tres razones fundamentales: la Constitución, el jazz y el béisbol. Resulta interesante observar que las tres son creaciones colectivas, universos sumamente complejos que surgieron, sin embargo, a partir de un número relativamente bajo de reglas o principios básicos. Esas condiciones iniciales se fueron enriqueciendo a través del tiempo y abrieron, por retroalimentación y selección, esferas de complejidades cada vez más extensas. Las tres dan la sensación de ser organismos vivos, sistemas en adaptación constante, verdaderos ingenios diseñados para generar dudas y comprobar certezas. Cada uno de ellos muestra una dinámica y una flexibilidad cercana a la de cualquier juego, pero, al mismo tiempo, demandan un rigor, una paciencia, y una seriedad, que convierten en elegidos a las personas capaces de enriquecer sus respectivas tradiciones. Gatos, peloteros y prohombres se funden en una visión atemporal de la historia; los siglos y décadas que los separan se borran cuando hablamos de sus grandezas. La herencia que nos dejan va más allá de sus talentos individuales,

del *swing* impecable, el oído perfecto, o el don de la palabra; sus testamentos confluyen en lo más profundo de la mente humana. Nos legan un grupo de metáforas que combinan el placer y el esfuerzo, la flexibilidad y el rigor, para enseñarnos a lidiar con lo inabarcable, para hacernos saber que es posible, y necesario, aprender a vivir con la ausencia de certezas.

La lucha contra la incertidumbre es, también, un sueño que nos ha marcado desde el comienzo de nuestra existencia. Somos el resultado de una mente, o de un pensamiento, que destaca por su gran capacidad para la simplificación. La mejor estrategia que hemos desarrollado para vivir con nuestras sensaciones, y con la complejidad del universo, es el desarrollo de una serie de filtros lógicos, sensoriales, emocionales, y espirituales. Buena parte de nuestra sabiduría se la debemos a esta vocación simplificadora. Nadie escapa a ella. Rara es la escuela o el maestro que resiste el impulso de esculpir reducciones en la mente de sus alumnos. Difícil es encontrar una persona que no sienta alivio, o placer, cuando logra esconder la incomodidad de lo desconocido, o, al menos, cuando alcanza a convertirla en una coreografía, falsamente compleja, de datos, memorias y subrutinas. Lo contrario también es cierto, las formas más refinadas de la tortura se basan en la incertidumbre. Para huir del dolor que ésta provoca hemos inventado las religiones monoteístas, los libros sagrados, las sectas, los especialistas, las drogas, los reyes, la patria... y una infinita colección de bálsamos que nunca han pasado de ser lo que son: simples alivios iatrogénicos, remedios peores que la enfermedad.

Jacob Burckhardt escribió hace más de un siglo que la esencia de las tiranías es la negación de la complejidad. Esta idea refleja el abismo existente entre la tendencia del mundo a complicarse, y la capacidad de nuestro pensamiento para resistir la incertidumbre que esto genera. La pujanza de la revolución industrial, y el desarrollo de la información, fueron los signos premonitorios de un genial augurio que Burckhardt nos regaló y casi nadie quiso escuchar: el siglo xx será asolado por una plaga de «terribles simplificadores». El tiempo le dio la razón, todavía se la está dando. La lista sería interminable, mejor es obviarla y recordar un par de cosas. Una es que estos asesinos en masa, si algo han hecho es aprovecharse de nuestro viejo afán simplificador para tirar por tierra la enorme riqueza y complejidad de las leyes democráticas; acto seguido, han propuesto, como una consecuencia natural, el increíble poder reductor de la muerte. La otra es cuán indefensos estamos ante estos tiranos, cuán débiles son los antidotos que tenemos contra ellos. Las escuelas, a duras penas, logran prepararnos para el dos más dos, la regla de tres, el respeta la ley y paga los impuestos. La filosofía se retira desdeñosa hacia sus luminosas cumbres. El arte, cada vez más dominado por el poder adquisitivo de las masas, empieza a mostrar signos de agotamiento ante la inmensidad de lo desconocido; los libros son cada vez más simples y estrechos; la música popular se acerca sin reparos a la pobreza de los ritmos hipnóticos; al humor se le exige que sea políticamente correcto, y el cine, casi en su totalidad, está hecho de argumentos y rostros que se reciclan descaradamente. La ciencia, por su parte, nos ha atiborrado con una deliciosa colección de gatos cuánticos, principios de incertidumbre, teoremas

indecibles, paradojas cósmicas y enigmas evolutivos; pero, a la hora de enseñarnos a lidiar con estas incógnitas, sus respuestas han estado más cerca de la estrategia de las avestruces que de la visión holística de las águilas.

No es de extrañar que vivamos en un mundo en el que, muchas veces, los ideólogos y los científicos coinciden en esa absurda vocación de convertir sus metáforas en leyes. Esto crea un ambiente muy propicio para la intolerancia; abre un terreno en el que la bola del consuelo inmediato pasa, de tiempo en tiempo, desde un cuerpo simplificador a otro, casi con la misma habilidad que pusieron Tinker, Evers y Chance cuando inventaron su famosa jugada de *doble play* en el béisbol. Hoy, miramos sorprendidos a millones de musulmanes que gritan su furor por una caricatura, y lo hacemos sin reconocer que detrás de esto se esconde una regularidad tan vieja como el ser humano: pueblos elegidos y fetuas, inquisiciones, *gulagui*, campos de exterminio, migraciones forzadas, trasbordadores hundidos y aviones explotados, son efectos del paso por este mundo de la única minoría que ha logrado escapar de la discriminación. Durante siglos, los «terribles simplificadores» se han separado en grupos y han creado la falsa imagen de luchar los unos contra los otros. Este ardid les ha permitido borrar, de forma sistemática, las huellas de sus respectivas existencias y, de paso, buena parte de sus responsabilidades históricas. Las aparentes victorias de un bando sobre otro han sido suficientes para invertir la lupa del escrutinio y alcanzar niveles de aceptación, o tolerancia, que ya hubieran querido para sí los zurdos y los homosexuales, las mujeres y los negros.

Algunos focos de resistencia sobreviven, pienso en esas personas que, teniendo en sus manos el grito de devastación, han decidido desechar la violencia y dejarnos, en cambio, un grupo de instrucciones bien claras a favor de la vida y de la compleja riqueza que ésta genera. Gandhi, Martin Luther King, el Dalai Lama, o Rosa Parks, son nombres que resaltan como faros en un mar de tiranías y contubernios con éstas.

No menos esperanzador es el hecho de que algunos científicos han empezado a estudiar, de forma coherente, esas «molestias» llamadas sistemas complejos. Las ideas que emergen a partir de estos estudios son muy interesantes, pero demandan un esfuerzo titánico; obligan a vencer una tradición de pensamiento que está arraigada en siglos de cultura y milenios de evolución. Las herramientas necesarias para que esto ocurra están siendo forjadas en verdaderos hornos multidisciplinarios; un ejemplo de esto es la confluencia de la neurofisiología, la psicología, y la genética, en el análisis y explicación de muchas actitudes humanas, incluida la predisposición a las ideas religiosas y al fanatismo. También resultan alentadores un grupo de estudios que empiezan a comparar los niveles de tolerancia a la incertidumbre en diferentes culturas, así como la relación que esto pudiera tener con el desarrollo tecnológico, o con las ideologías dominantes en esas sociedades.

Nadie sabe cuánto tiempo pasará antes de que estas aproximaciones rindan sus frutos y logren, si es que pueden hacerlo, infiltrar nuestras vidas con una visión de la realidad que, hoy por hoy, todavía resulta sobrecogedora para la mayoría de los seres humanos. Nuestros actos gregarios preferidos siguen

siendo verdaderas fugas en masa ante el terror que generan lo inabarcable y lo desconocido. Iglesias, sinagogas, mezquitas, y plazas revolucionarias, son expresiones de esa preferencia ancestral que sentimos por el alivio preempacado. Buena parte de nuestra historia se ha hecho, a trancos, en el regreso a Israel, en el camino de Santiago, en el peregrinar hacia La Meca, o en la búsqueda del futuro luminoso. Esas marchas, por mucho que hayan contribuido a la hechura de lo que somos, ya empiezan a mostrar signos de agotamiento y nos acercan, paso a paso, al fondo de un callejón sin salida. Sabemos que sólo la ciencia puede sacarnos del atolladero, pero empezamos a reconocer que ésta, por su enorme capacidad para generar más preguntas que respuestas, impone una verdadera carga en nuestras mentes, un peso que se traduce, con la ayuda de los «terribles simplificadores», en un auge del escapismo y de las actitudes fanáticas. Pasará algún tiempo antes de que la complejidad logre vencer esa enorme ventaja que los dogmas disfrutaban a la hora de explotar nuestros límites. Mientras tanto, sólo tenemos un grupo de intuiciones colectivas que han ido creciendo, a través del tiempo, hasta convertirse en verdaderos ejemplos de vida al borde del caos. Esas creaciones enseñan, mediante la música, los juegos deportivos, o ciertas relaciones entre gobernantes y gobernados, que es posible resistir, e incluso llegar a comprender, la enorme carga que cae sobre nuestros hombros cuando decidimos abrir espacios en vez de cerrarlos.

Creo que el béisbol es una de esas corazonadas colectivas, y si he escrito estas páginas es porque hace unos meses tuvimos la oportunidad de presenciar un evento histórico. «La Pelota», fiel a su tradición de enmendar errores, y a su capacidad para orientarse en un universo de infinitas posibilidades, se abrió, por primera vez, a un verdadero campeonato mundial por países, un certamen que echó por tierra cualquier diferencia entre los salarios de sus jugadores y dejó, sin distinciones entre profesionales y «aficionados», que estos se enfrentasen bajo el único rasero de sus múltiples talentos y deseos de ganar.

El equipo representativo de la nación cubana asistió, de más está decirlo, terriblemente simplificado. Para muchos compatriotas, esto resultó un insulto, una injusticia, y una prueba más de las ventajas que disfrutaban los negadores de la complejidad. Para otros, fue el precio a pagar por la realización de un viejo sueño: el béisbol, al igual que el jazz y la democracia, salta fronteras y se expande por el mundo, disemina un mensaje de placer ante la incertidumbre, enseña a tolerar esos contrarios que a menudo pisan nuestras bases, nos recuerda el valor indestructible de las metáforas y deja caer, como un regalo, el arte de la espera. Poco importa cuán sesgado asistiera nuestro equipo; para los cubanos es tiempo de esperanza; a fin de cuentas, y, a pesar de todo, hemos logrado mantener una excelente producción de jazzistas y peloteros; a lo mejor ya va siendo hora de pensar en una buena Constitución.